

LA CIUDAD MUSULMANA

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

LA civilización islámica fué esencialmente urbana. Sus ciudades difieren en múltiples aspectos de las europeas medievales, como productos de culturas distintas.

En la Península Ibérica, vasto puente entre los continentes europeo y africano y las civilizaciones oriental y occidental, permanecen importantes residuos de ambos tipos urbanos, yuxtapuestos algunas veces, casi nunca unidos en perfecta simbiosis, prueba de su antagonismo.

En las páginas siguientes intentaré dar idea de lo que fué y sigue siendo la ciudad islámica de la cuenca mediterránea, comparándola con la europea de la Edad Media, más familiar a nuestro ambiente cultural. Mientras ésta ha seguido un proceso evolutivo, salvo en comarcas apartadas, la urbe islámica quedó petrificada en un molde uniforme y su estructura apenas ha variado desde los siglos VIII al XII, época de máxima expansión de muchas de ellas,

de economía pujante entonces por el gran desarrollo de la industria y el comercio, hechos urbanos por excelencia. Su estabilización desde esa fecha obedece a complejas razones cuya exposición rebasa los límites de este rápido análisis.

Una y otra ciudad, la cristiana y la islámica, arrancan de la espléndida urbanización del imperio romano y surgen por un proceso de desintegración de distinto signo, como productos de culturas y formas de vida diferentes. Sobre factores físicos de máxima permanencia, comparados con los humanos restantes, como son el solar en que la ciudad se asienta y la comarca en que se halla, con sus características climatológicas, topográficas, etc., cada civilización modeló una ciudad distinta, partiendo, como se dijo, de la estructura uniforme de la romana.

La vida musulmana, dirigida por la religión hasta en sus más escondidos rincones, dió forma a un tipo de ciudad cuya uniformidad estructural, dentro de su pintoresco y aparente desorden, es grande comparada con las cristianas medievales. En este aspecto, Roma también impuso por todo su imperio un modelo único urbano, consecuencia de una fuerte organización estatal.

Teoría islámica de la fundación de ciudades.

Se atribuye al califa Umar el dicho de que las ciudades se levantan en un determinado lugar teniendo en cuenta la existencia en él de agua, madera para el fuego y pastos.

Un historiador del occidente islámico, que escribió poco después del año 1300, Ibn Abi Za'r, al elogiar el asentamiento de Fez ha expuesto las condiciones necesarias para la perfección y la gloria de las ciudades:

Dicen los sabios que para prosperar una ciudad debe reunir las cinco condiciones siguientes: agua corriente; tierras fértiles para la siembra; un bosque cercano que proporcione leña; murallas sólidas, y un jefe que mantenga la paz y seguridad de los caminos y castigue a los revoltosos (1).

Algún tiempo después, en la segunda mitad del siglo XIV, Ibn Jaldún expuso asimismo las condiciones favorables para la fundación de una ciudad: pastos en torno; tierras inmediatas susceptibles de buen cultivo de cereales, base de la alimentación de los ve-

(1) *Qirtas*, trad. A. Huici (Valencia, 1918); trad. Beaumier (París, 1860), pág. 36.

cinos y de sus ganados; un bosque o monte cercano que facilitase madera para la construcción y el fuego del hogar. Juzga también de importancia que al fundarla, como servirá de residencia y refugio, se escoja solar favorable para su defensa, en la cumbre de una montaña abrupta, en una península circuida casi totalmente por el mar o a la orilla de un río tan sólo franqueable por un puente de barcas o de piedra. En esa situación, y rodeada de murallas que envuelvan todo el caserío, estará al abrigo de ataques y sorpresas. Debe de atenderse también al aire, escogiendo un lugar en que sea puro, pues si no se renueva y es de mala calidad, o la ciudad se sitúa en las cercanías de aguas corrompidas, de exhalaciones fétidas o de sitios pantanosos, sus vecinos padecerán de frecuentes enfermedades. Muy importante para la comodidad de ellos es la proximidad de un río o de fuentes puras y abundantes. Si la ciudad estuviera a la orilla del mar, se facilitará el abastecimiento y exportación de objetos de lujo; ha de asentarse entonces en una colina elevada, de difícil acceso, y tener en sus cercanías tribus o gentes de espíritu combativo, capaces de socorrerla rápidamente en caso de un imprevisto ataque nocturno. Expuestas a ataques estaban Alejandría, en Oriente, y en Occidente Trípoli, Bona y Salé. En cambio, Ceuta, Bugía y Collo satisfacían a esas otras condiciones más favorables de las ciudades marítimas. Pero los árabes nómadas, incapaces de previsión, fundaron ciudades en lugares desprovistos de recursos, sin condiciones naturales para ser habitados permanentemente. Así ocurrió en los primeros tiempos islámicos, lo mismo en el Iraq que en Berbería, al fundar Qayrawan, Kufa, Bosra, Si-chilmasa y otras, condenadas por ello a rápida declinación (2).

En sus comienzos, bastantes de las fundadas por los árabes fueron ciudades militares, campamentos de concentración de tropas, puestos avanzados para proseguir la conquista de una comarca.

El problema del abastecimiento de agua contribuyó a la extinción de algunas viejas urbes y al nacimiento de otras. Destruídos acueductos y conducciones en los siglos que siguieron a la caída del imperio romano, los musulmanes no tuvieron en los primeros tiempos de su dominación ni técnica ni empuje suficientes para restablecerlos, por lo que abandonaron las antiguas urbes, sedientas entonces, para establecerse junto a manantiales o ríos que les proporcionasen en forma perenne elemento tan necesario para la vida

(2) Ibn Jaldún, *Prolégomènes historiques*, trad. Slane, II (París, 1865), páginas 247-248, 250-252 y 274-276.

urbana. Así, Idris I abandonó en 789 la capital, Volubilis, para fundar Fez en un solar atravesado por un río, fácil de sangrar mediante acequias.

Ausencia en el Islam de reglamentos y disposiciones urbanas.

El derecho, inseparable de la religión en la sociedad islámica, no preveía organización alguna urbana o municipal como la que tuvieron las ciudades romanas y la surgida en las cristianas a partir de los siglos XI-XII; el Islam tan sólo reconoce la comunidad de los creyentes. La ley religiosa —todas lo son— nada dispone acerca de la reglamentación de las construcciones, de su emplazamiento y características, como tampoco del trazado y ancho de las calles. Al carecer las ciudades de instituciones municipales, lo referente al aspecto urbano y a las edificaciones regíase por la tradición y la ciudad se renovaba por la voluntad individual, apenas limitada, como se dirá más adelante. Tan sólo una catástrofe, un incendio, un terremoto, la ruina producida por la decadencia y la despoblación o la voluntad de un poderoso, eran capaces de alterar radicalmente parte de un conjunto urbano. Ejemplo del último caso ofrece la construcción de una nueva mezquita mayor en la Sevilla superpuesta de 1171-1172, por ser de tamaño insuficiente la que hasta entonces había servido para ese destino. Se levantó sobre el solar de varias casas situadas en la alcazaba, mandadas derribar con ese objeto, lo que cambió el aspecto y el ambiente de toda la zona (3).

La casi siempre lenta evolución de la ciudad era, pues, como se dijo, fruto de la iniciativa privada en la mayoría de los casos. Pero ésta —inútil es insistir en ello— tendía a beneficiar el predio propio con perjuicio de la comunidad o de los propietarios colindantes. Ibn Jaldún, refiriéndose, al parecer, a las grandes ciudades musulmanas de Occidente, de crecida y apretada población, en las que las gentes tenían que defender celosamente el lugar ocupado por su vivienda y el disfrute del aire, dice ser frecuentes las disputas entre vecinos. Versaban sobre derechos de servidumbre y paso de callejas, alcantarillas y desagües de las viviendas, altura y coronación de muros medianeros, desperfectos causados en éstos capaces de comprometer la estabilidad y reparto de una casa entre

(3) P. Melchor M. Antuña, O. S. A., *Sevilla y sus monumentos árabes* (El Escorial, 1930), págs. 100-110.

dos propietarios. Resolvían estas cuestiones los peritos (el *amin* o *arif*, especie de síndico) en construcción, según su experiencia técnica (4). Lo acostumbrado, según informa para el Oriente islámico Mawardí (muerto en Bagdad a los ochenta y seis años, en 1058), era dejar en libertad, puesto que todo ello relacionábase con la tradición y no con leyes o disposiciones, al que fuera a hacer una obra nueva o de reforma, incluidos saledizos, pasos cubiertos y salida de aguas sucias, siempre que no perjudicase a los transeúntes o a los propietarios inmediatos (5).

Un funcionario de policía, nombrado por el juez o cadí, adjunto suyo y como éste con función esencialmente religiosa, estaba encargado de velar para que no se cometieran abusos en los aspectos urbanos aludidos. En al-Andalus, es decir, en la España musulmana, bajo los omeyas y en la época de los reyes de taifas, llamóse *sahib al-suq* (6). Más tarde fué llamado *mubtasib*. Unido ya a una organización municipal, perduró con el nombre romanceado de *almotacen* en muchas ciudades de la España cristiana hasta el siglo XVIII. En Marruecos aún continúa ejerciendo sus tradicionales funciones. Estas eran: vigilar y hacer observar el cumplimiento de los preceptos religiosos (7) y usos tradicionales en su aspecto público; velar por las costumbres públicas y por la probidad de comerciantes y artesanos; comprobar las pesas y medidas y castigar los fraudes; hacer cumplir con su deber a los funcionarios; mantener el orden y la limpieza en los lugares públicos y, a veces, fijar el precio de las subsistencias. Respecto a la urbanización de la ciudad y a sus construcciones, tan sólo se le pedía que obligase a los propietarios de las casas ruinosas a demolerlas, para evitar los accidentes de que pudieran ser víctimas los transeúntes. Según Mawardí, refiriéndose al Oriente islámico, intervenían también en la construcción de muros y edificios comunales; en las disputas sobre altura y límites de edificios medianeros, y en ciertos derechos y servidumbres, como las de apoyar vigas o rollizos en el muro

(4) Ibn Jaldún, *Prolégomènes*, II, págs. 374-375.

(5) Abu-l-Hasan Ali Mawardí, *Les statuts gouvernementaux ou règles de droit public et administratif*, trad. Fagnan (Argel, 1915), página 551.

(6) Romanceado en las formas *zabazan* y *zabazoque* en el Fuero de León de 1020 (E. Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane au Xème siècle* (París, 1932, págs. 185-187).

(7) Entre ellos, la abstención del vino y, a ciertas horas del día, durante elmes de ramadán, de la comida.

vecino; el que un árbol extendiera sus ramas y raíces fuera de la propiedad de su dueño; impedir construcciones en la vía pública, volar aleros, corredores, conducciones de agua, letrinas, etc. (8).

Afirma también Mawardí que debe demolerse todo edificio levantado sobre una calle o camino público, por ancho que fuese, y aunque se tratase de una mezquita (9).

En los tratados subsistentes de *hisba*, vademécum o manual del perfecto *muthasib*, cuyo objeto era facilitar a éste el ejercicio de su misión, previniéndole contra los fraudes y abusos, se detallan sus funciones de orden prohibitivo, definidas en los del Occidente islámico con más claridad que en los de Oriente (10), en donde, en cambio, su campo de acción era más extenso. El más antiguo de los occidentales figura en la obra *Abkam al-suq* (leyes del mercado), escrita por Yahya ibn'Umar al-Andalusí (muerto en 901), cuya infancia pasó en Córdoba, residió después en Oriente y terminó por establecerse en Ifriqiya; parece que visitó España en diferentes ocasiones. Expone al-Andalusí las atribuciones del *sahib al-suq*, aludiendo a la organización urbana de la ciudad, a la limpieza de sus calles, a la apertura de puertas en las callejas, y aún hasta aspectos de estética urbana (11). Hacia 1100 escribiéronse en Sevilla y Málaga, por Ibn'Abdun y al-Sakati, respectivamente, sendos tratados de *hisba*, en los que se fijan detalladamente las obligaciones del *muhtasib*. No figura en ellos alusión alguna al trazado y ancho de las calles y a la altura de los edificios. Ibn'Abdun dice, con referencia a Sevilla, que debe de obligarse a cada vecino

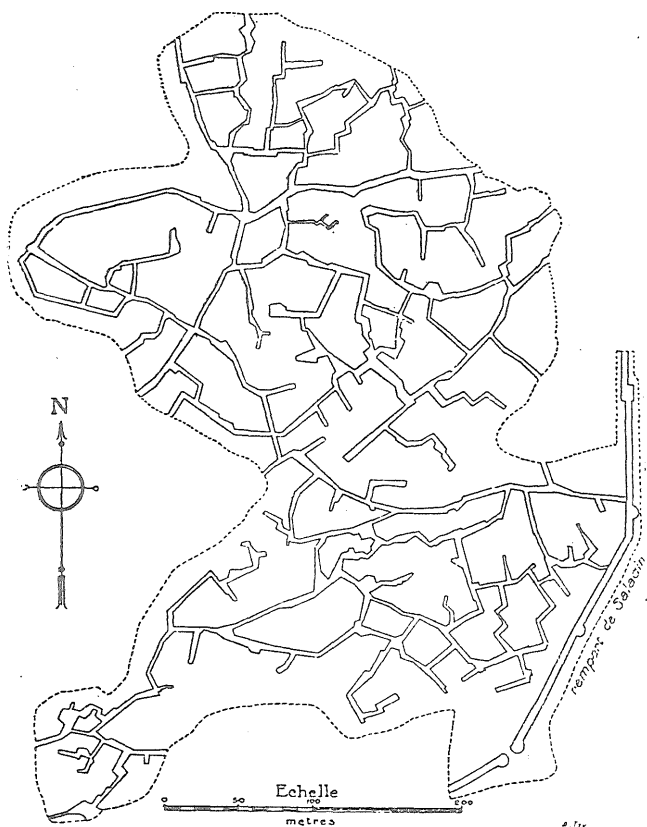
(8) Abu-l-Hasan Alí Mawardí, *Kitab al-Abkam al-sultaniya*, ed. Bulaq. pág. 227 y sigs., y *Les statuts gouvernementaux ou règles de droit public et administratif*, trad. Fagnan, cap. XX, págs. 514-551; Julián Ribera Tarragó, *Orígenes del Justicia de Aragón* (Zaragoza, 1897), páginas 71-76. Acerca de las atribuciones del *muhtasib* en Oriente, a más de la obra citada, pueden verse: Reuben Levy, *The-Ma'alim al-qurba fi achkam al-hisba* (Cambridge, 1938), y E. Asthor-Straus, *L'administration urbaine en Syrie médiévale*, en «Revista degli Studi Orientali», V, XXXI, Roma, 1956, págs. 81-83.

(9) Mawardí, *Les statuts gouvernementaux ou règles de droit public et administratif*, trad. Fagnan, pág. 551.

(10) *Un manuel hispanique de hisba*, *Traité d'Abu'Abd Allah Muhammad b. Abi Muhammad as-Sakati de Malaga sur la surveillance de corporations et la répression des fraudes en Espagne musulmane*, texto árabe por G. S. Collín y E. Leví-Provençal, I, París, 1931, pág. 5.

(11) Mahmud 'Alí Makkí, *El libro "Abkam al-suq" (Leyes del mercado)*, de Yahya Ibu Umar al-Andalusí, en «Rev. del Instituto de Estudios Islámicos de Madrid», v. IV, 1956, págs. 140-144.

a reparar los baches de la parte de calle situada delante de su casa y las alcantarillas de aguas sucias, que en verano no debían de correr por las calzadas. Cuidará el almotacén de que no se arrojen a éstas



Fostat (Egipto).—Plano de un barrio excavado

basuras e inmundicias. Debe prohibirse construir en los lugares donde se saque grava y arena, por ser de utilidad pública. También se refieren al derribo por sus propietarios de casas ruinosas, para evitar su caída sobre los transeúntes, y a otras abusivamente levantadas en los cementerios, situados extramuros, junto a las puertas de la ciudad, al crecer el núcleo urbano, así como a la cons-

trucción de muros y a las condiciones que debían reunir los materiales empleados en ellos (12).

El *muhtasib* se ocupaba de todas las cuestiones referidas, mientras no fuesen materia litigiosa, en cuyo caso intervenía el cadí, del que aquél dependía (13). Entre los curiosos relatos escritos por al-Jusaní en el reinado de al-Hakam II, en su obra *Historia de los Jueces de Córdoba*, figuran varios referentes a la construcción. El juez Abu-l-Zahiriyya hubo de intervenir en tiempo de 'Abd al-Rahman I en un pleito sobre un pilar que un vecino de Córdoba había construído para sostener un muro de otro propietario. La sentencia fué favorable al primero, justificada porque, si se quitaba el pilar, el muro sufriría daño. El juez Sulayman ibn Aswad hubo de intervenir en otro litigio respecto a un horno, cuyo propietario lo construyó en forma que los humos molestaban a los vecinos; Ibn Qasim opinaba que no se debía autorizar su construcción, pero el juez dispuso que se colocase un tubo en la parte superior, como se hacía en Oriente, para que el humo saliera por lo alto sin molestar a los habitantes de las casas inmediatas (14).

Hasta 1477 el Gobierno de El Cairo no pensó en ensanchar las calles de las ciudades andaluzas, que aún conservaban su fisonomía de un año (15). Por la misma época y en el otro extremo del Mediterráneo, los Reyes Católicos comenzaron a dictar disposiciones para enderezar y aumentar el ancho de las tortuosas y angostas calles de las ciudades andaluzas, que aún conservaban su fisonomía islámica, y derribar los ajimeces, balcones volados de madera, cerrados con celosías, que las hacían más húmedas y lóbregas (16).

Huelga insistir en cómo la falta de reglamentos y disposiciones

(12) Colín y Leví-Provençal, *Un manuel hispanique de hisba*; I, y E. Leví-Provençal y Emilio García Gómez, *Sevilla a comienzos del siglo XII, El tratado de Ibn 'Abdun* (Madrid, 1948).

(13) Como es natural, los deberes del *muhtasib* variaban en detalle de un lugar a otro y se modificaron al correr del tiempo. En los últimos siglos de la Edad Media pasó a ser cargo más bien político, y su nombramiento hacía se por la administración civil y no por los magistrados religiosos (Ibn Jaldun, *Prolegomènes*, I, págs. 458-460; Collin y Leví-Provençal, *Un manuel hispanique de hisba*, pág. 4).

(14) *Historia de los Jueces de Córdoba*, por Aljoxaní; texto árabe y trad. española por Julián Ribera (Madrid, 1914), págs. 46, 138 y 169-170.

(15) *Les mosquées du Caire*, por Louis Hautecoeur y Gaston Wier, I, Texto (París, 1932), pág. 110.

(16) L. T. B., *Ajimeces (Al-Andalus, XII, 1947)*, págs. 417-422.

urbanas dejaban la organización y evolución de la ciudad islámica en manos del criterio personal y, con frecuencia, del descuido o de la arbitrariedad de un funcionario.

Organización y estructura de la ciudad islámica.

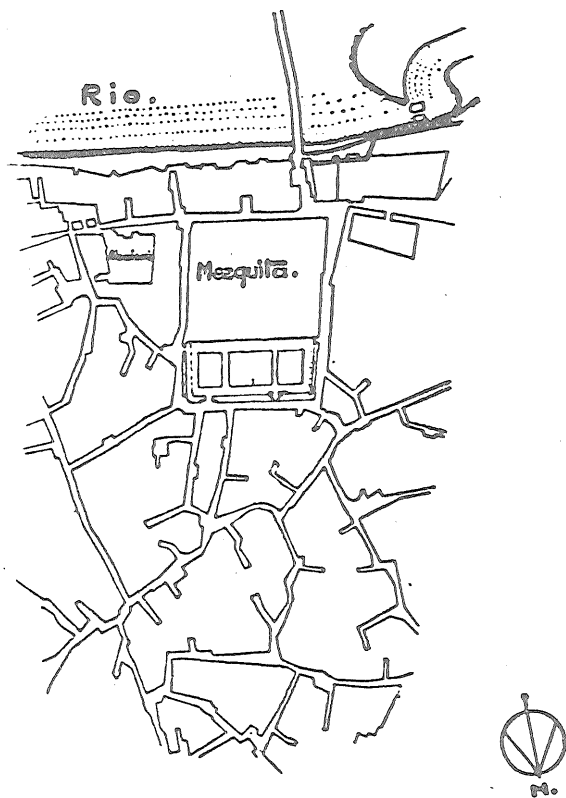
Protegía a la inmensa mayoría de las ciudades islámicas una cerca o muralla torreada, de tapial, mampostería o sillares, salvaguarda de sus habitantes y de los de sus contornos, refugiados tras de ella en caso de alarma. En al-Andalus tan sólo se cita una ciudad, la de Saltés, cerca de Huelva, desprovista de esa protección, sin duda por su condición insular.

En el caso más frecuente de ocupar la ciudad una colina o lugar escarpado, la cerca seguía las líneas más pendientes del solar, bordeando los barrancos y cauces del río o de los ríos inmediatos, aprovechados como fosos naturales. Acumulábanse las mayores defensas en las partes más llanas y accesibles del perímetro, mientras que en las de imposible o difícil ataque, por lo abrupto de su situación o por la eficaz protección de un río caudaloso o la existencia de ambos accidentes físicos a la vez, conforme a un principio de economía, construía-se una muralla desprovista de torres y trazada a veces en zigzag o cremallera para conseguir el flanqueo de los asaltantes con ahorro de aquéllas. En Toledo, por ejemplo, mantiénese buena parte de la cerca de su frente septentrional, lindero con la vega, prueba de su solidez, mientras en el resto del perímetro, de pendientes rápidas sobre el meandro del Tajo, apenas si quedan restos de murallas, cuya descuidada construcción no resistió el paso de los siglos. Cuando la ciudad estaba a la orilla de un río, ya fuese su solar llano, ya accidentado, el arranque del puente quedaba siempre dominado por la muralla urbana, protegiendo su paso e impidiendo el de los enemigos. Una barbacana o antemuro, a la que circundaba un foso, reforzaba casi siempre las defensas.

La parte más elevada del solar ciudadano lo ocupaba la alcazaba o ciudadela, recinto murado de regular extensión, máxima fortaleza, última defensa y pequeño barrio en el que se levantaba el palacio o alcázar, residencia del príncipe o señor de la ciudad y la comarca. La situación de la alcazaba siempre era en la periferia de la cerca general, con objeto de poder abandonarla sin pasar por las calles. Prudente medida de aislamiento respecto

a la plebe urbana, no guardada en general en las ciudades cristianas; había que contar no sólo con el enemigo exterior, sino también con el de intramuros, según aconsejaba la experiencia histórica.

El número de puertas de la cerca estaba en relación directa

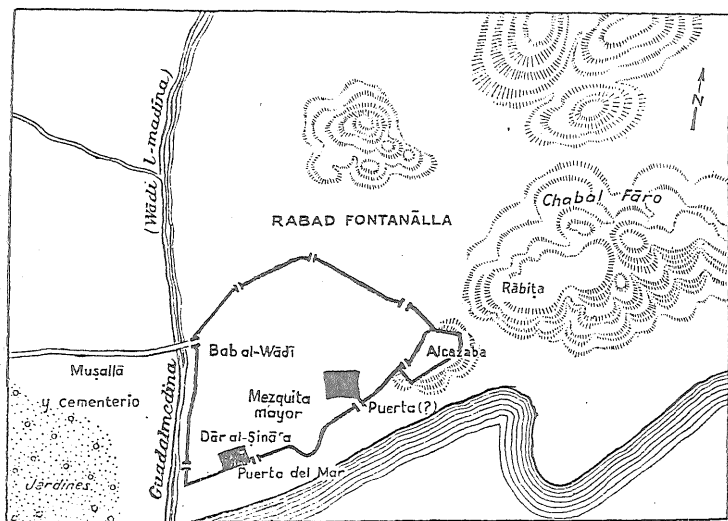


Córdoba.—Plano del barrio inmediato a la Mezquita

con la importancia de la ciudad. A la salida de ellas se extendían los cementerios, como en las urbes romanas. Los ingresos situados en lugares opuestos del recinto, quedaban unidos por calles que eran las arterias más importantes de la aglomeración urbana. De dichas puertas arrancaban los caminos hacia las ciudades populosas, más o menos lejanas, con las que mantenía mayor relación y de las que con frecuencia recibían nombre. Las puertas formaban en ocasio-

nes en su interior uno o varios recodos, disposición heredada de la arquitectura militar bizantina, para dificultar el acceso intramuros del asaltante, rara vez empleado en las de las urbes cristianas medievales.

Cuando intramuros no brotaban manantiales o no la cruzaba un río, un lienzo de muralla terminado en un torreón descendía



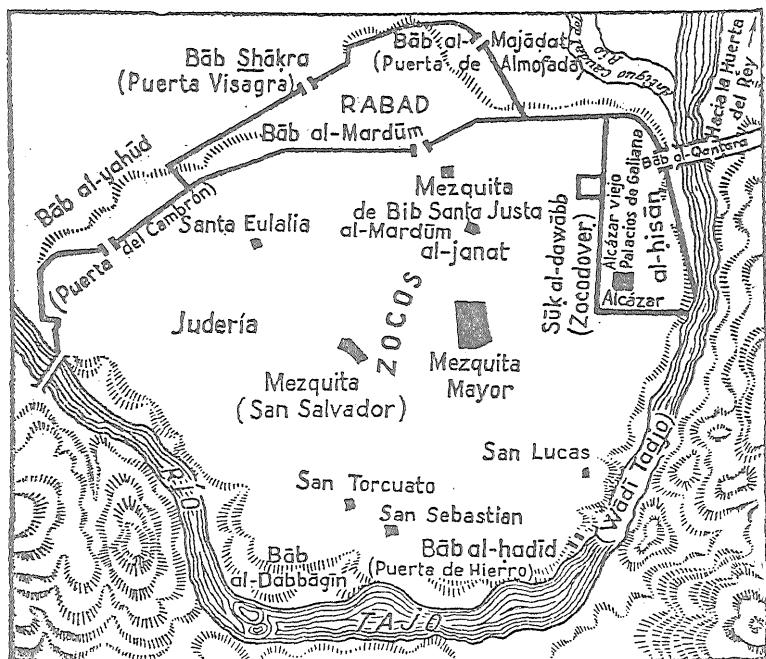
Plano esquemático de Málaga en el siglo XI

hasta la corriente de agua o fuente próxima. Torre y muro llamábanse coracha, con nombre árabe romanceado; su función era facilitar el abastecimiento de agua al estar la ciudad sitiada.

La cerca, costosa y larga de construir, era un cinturón permanente, demasiado rígido para las variaciones demográficas. Al crecer la ciudad se iban formando arrabales a su alrededor, condicionados por la topografía y la vida urbana. Cuando adquirían cierta extensión, rodeábanse con una muralla independiente, manteniendo con frecuencia la parte de la cerca del núcleo primitivo medianera con el arrabal. La urbe quedaba, pues, formada por la alcazaba, sólidamente fortificada, sede del Gobierno, en la parte más elevada del solar; otro recinto más amplio, extendido a su pie y abrazado por murallas que arrancaban de aquélla, núcleo que adquiriría categoría y nombre de «medina» al estar cercado y po-

seer una mezquita mayor, y de varios arrabales periféricos independientes y relativamente autónomos, poblados a veces por gentes del mismo origen o consagradas a la misma función social. Cada una de esas partes tenía vida propia.

Integraban medina y arrabales barrios de muy desigual extensión, reducidísimos con frecuencia, formados a veces por una sola calle, a los que daban ingreso puertas cerradas durante la noche.



Plano esquemático de Toledo en el siglo XI

Cada arrabal y aun cada barrio de alguna extensión formaba, a semejanza de la medina, como una pequeña ciudad independiente, organizada en torno a una mezquita, con sus zocos, tiendas, alhóndigas, baños y hornos. Unicos elementos de unión de la ciudad así fragmentada eran la cerca general y la mezquita mayor, situada en la medina, a la que los fieles debían acudir los viernes a la oración, y los lugares de comercio en torno.

Aproximadamente en el centro de la medina estaba la mezquita catedral o mayor, integrada por una sala de oración, un

vasto patio, con galerías en torno, y el alminar, desde el que el almuédano recordaba a los fieles las horas de las oraciones rituales.

Las calles principales —no existía tráfico rodado—, algunas veces eran relativamente rectas, sobre todo cuando su trazado, como en Zaragoza, procedía del de las de la ciudad romana, pero en muchos casos, sinuosas, cambiaban repetidamente de dirección, como si quisieran demorar su salida por la puerta de la ciudad. Acostumbraban cruzarse en su centro, en torno de la mezquita mayor, lugar donde se agrupaban los puestos provisionales de los comerciantes modestos, con sus toldos y mostradores portátiles, y circulaban los vendedores ambulantes, ofreciendo a gritos su mercancía.

Por las calles que concurrían a la mezquita mayor extendíanse también los zocos y el comercio de mayor importancia, y en las inmediaciones de aquélla estaba la alcaicería, de la que se hablará más adelante, y numerosas alhóndigas-posadas, destinadas a alojamiento de los comerciantes foráneos, y a almacén y lugar de venta de sus mercancías.

Con las calles principales comunicábanse otras menos pasajeras y de más reducido tráfico, a las que se abrían callejones ciegos, sin salida, llamados adarves, con puertas que se cerraban de noche, y en cuyo interior estaban las de ingreso a las viviendas. Vías secundarias y adarves, serpenteantes, se quebraban y cambiaban continuamente de dirección. Extendidas por toda el área urbana, formaban una red caótica, ramificadas como las venas en el cuerpo humano. Las manzanas, en las que entraban profundamente los adarves para dar ingreso a las viviendas, eran grandes y muy irregulares; por el interior de algunas se extendían patios y jardines. Había, pues, una división, preconizada por los urbanistas contemporáneos, entre ruidosas calles mercantiles, de comunicación y tráfico, y callejuelas silenciosas por las que no circulaban más que los vecinos de las casas que en ellas tenían su ingreso y sus visitantes.

Las angostas y tortuosas calles, callejuelas y adarves, quedaban, a veces, parcialmente cubiertas por cobertizos que unían las plantas altas de las casas fronterizas a un lado y otro de la calle. Respondía esta disposición a lo apretado del caserío intramuros. Faltas de espacio, algunas viviendas extendían sus pisos altos sobre la calle, parcialmente unas veces, apeado su vuelo en tornapuntas o jabalcones; al cubrir otras totalmente un tramo de la calle, ofrecían fuertes contrastes, zonas de sombra espesa, grato

refugio en los días cálidos, alternando con otras intensamente soleadas, de luz cegadora.

Arquillos transversales interrumpían con frecuencia la parte alta de las calles. Servían unos para asegurar las puertas de cierre de sus ingresos; ayudaban otros a sostener muros exteriores de precaria estabilidad por su pobre construcción.

Este sistema de vías urbanas quebradas, que evitaba la entrada del viento en la ciudad, siempre de atmósfera calma, es uno de los más característicos de las islámicas. En las occidentales, la inmensa mayoría de las calles son abiertas, de tránsito libre, sin solución de continuidad; excepcionales las ciegas. La diferencia de trazado callejero responde a la de vida, expresada en su distinta formación. En las ciudades cristianas lo primero que existe es la calle, en forma de sendero o camino, y las casas se van levantando a un lado y otro de esas vías; cuando están construídas, otras transversales las unen, bordeadas de la misma manera por edificaciones. En las ciudades islámicas, las calles principales surgen en forma idéntica, pero luego entre ellas las casas se van yuxtaponiendo y determinan así el trazado de calles secundarias, callejones y adarves. En los trazados urbanos modernos hay una tendencia semejante a dibujar los planos a base de los solares convenientes y no, como se hacía antes, partiendo de las calles.

Análogo, aunque más reducido, era el sistema callejero de los arrabales, con una calle principal, prolongación muchas veces de la de la medina a través de las puertas, que comunicaba los ingresos más concurridos, y los adarves, con ingreso por ella o por otras secundarias. El corazón de la ciudad, su centro de vida religiosa, pública y comercial, era, como se dijo, la mezquita mayor y sus contornos.

Desempeñaba aquélla, en cierto modo, la función del foro en las ciudades romanas. A más de su destino fundamental de casa de oración, en ella se celebraban las grandes reuniones públicas, administraban justicia los jueces, daban sus clases los maestros y se consagraban las banderas al partir para las operaciones militares. Desde lo alto de su púlpito o almimbar se leían los partes y las cartas anunciando acontecimientos de importancia. Junto a aquélla, y al lado de las mezquitas secundarias, solía haber una plaza no muy amplia, lugar de un zoco, mercado permanente o temporal. Escaseaban las plazas en lo restante del área urbana; en la red de calles y callejuelas tortuosas y desiguales su frecuente y capri-

choso ensanchamiento o cambio de dirección, daban lugar a pequeñas plazoletas y rinconadas, alivio de sus angosturas.

El comercio se organizaba en calles rigurosamente especializadas por gremios y oficios o productos, disposición mantenida hasta el día, según Massignon por no haber habido revolución técnica en los procedimientos industriales de los artesanos. Los oficios urbanos y más nobles ocupaban el centro de la ciudad. A las puertas de la cerca, a zocos extramuros, acudían los campesinos de los alrededores a vender sus productos. En torno de la mezquita mayor estaban los obradores y tiendas de cambiantes, drogueros y especieros, los comercios de tejidos y las librerías. Tiendas y obradores, reducidísimos, en los que no entraba el comprador, tan sólo constaban de planta baja. Comerciantes y artesanos vivían en lugar diferente de la ciudad, con separación muy característica de las islámicas, que perduró en la célebre «alcaná», barrio comercial de Toledo, por lo menos hasta el siglo XVII. Algunas industrias, como las de curtidos y alfarerías, situábanse en la periferia urbana, en lugares bien abastecidos de agua.

Las mercancías de lujo y mayor precio, como los tejidos de seda, se almacenaban y vendían en la alcaicería, construcción cerrada, con acceso por una o varias puertas, abiertas tan sólo de día, guardada por vigilantes. Estaba inmediata a la mezquita mayor y a veces comprendía varias calles de tiendas, cubiertas o sin cubrir.

Pequeños establecimientos públicos de baño, abovedados; hornos comunales y reducidos oratorios y ermitas, abundaban repartidos por toda la ciudad.

Fragmentación urbana islámica.

Característica primordial de la ciudad islámica es su fragmentación, muy acusada si se la compara con la urbe romana, y el aislamiento de sus diversas partes. Alcazaba, medina y arrabales formaban núcleos independientes, con vida propia. Cada uno de ellos dividíase en múltiples barrios, cerrados por puertas. También las tenían los adarves, última unidad urbana, en los que se abrían los ingresos de las viviendas, cuyo interior quedaba celosamente oculto tras muros ciegos y desnudos.

Únicos elementos de unión eran, como antes se dijo, la cerca general, protección contra el enemigo exterior, y la mezquita ma-

yor, a cuya oración de los viernes tenían que asistir todos los fieles, junto con los zocos y comercios, centros de atracción en torno.

Una necesidad primordial de defensa exigía ese aislamiento y fragmentación. Frecuentes los períodos de inseguridad y revuelta, si la cerca exterior protegía contra el enemigo lejano, los sucesivos obstáculos intramuros eran necesarios para defenderse del de dentro, más peligroso por más próximo.

Derivada de la ciudad romana, la islámica adquirió rápidamente personalidad. No es tan sólo una descomposición y desintegración de aquélla, como se ha pretendido, sino creación propia derivada de una forma de vida distinta. Sería lamentable se perdiera en el ardor de neófitos de los musulmanes de hoy por asimilarse disposiciones occidentales urbanas muy discutibles y ya envejecidas y el deseo pueril de romper brutalmente las ciudades multiseculares por calles rectas y amplias. También en España debemos de luchar sin sosiego por la conservación de los barrios de Toledo, Granada, Córdoba, etc., amenazados de destrucción por gentes que no han alcanzado todavía un grado medio de cultura (17).

(17) Los planos de Málaga y Toledo están trazados por Lévi-Provençal y rectificados por el autor.